

EL GRAN DICTADOR, CHARLES CHAPLIN, 1940.

Jimena Luengo Arias

En el año 1940, Europa estaba siendo testigo de uno de los conflictos bélicos más grandes de la historia, la Segunda Guerra Mundial. Los totalitarismos habían ascendido en los años anteriores y la Alemania de Hitler soñaba con dominar el mundo como si de un imperio se tratase. Estados Unidos todavía no había intervenido en la guerra y allí, Charles Chaplin estrenó "El gran dictador".

La película narra simultáneamente la historia de un barbero judío del gueto, que sufre amnesia después de haber estado en el frente; y la historia de Hynkel, el gobernador de Tomania. Los papeles de los dos protagonistas son interpretados por Chaplin. Durante todo el largometraje contrastan las ideas totalitarias, antidemocráticas y antisemitas de Hynkel con la vida de la gente del gueto, se muestra como el jefe de la nación de Tomania toma y deshace decisiones indistintamente para llevar a cabo sus planes y como eso tiene fuertes repercusiones sobre la vida en el gueto. El argumento da un giro cuando los compañeros de guerra Schultz, exmiembro del gabinete de Hynkel, y el barbero judío se escapan del campo de concentración para ir hacia Osterlich. El país todavía es libre, pero Tomania planea invadirlo con discreción. El parecido entre el barbero y Hynkel, la compañía de Schultz y los uniformes que ambos visten para no ser reconocidos provocan que al entrar a Osterlich el judío sea confundido con Hynkel. Al final, esa confusión conduce al barbero a dar un discurso, como si fuera el jefe de Tomania y acabase de invadir Osterlich. Sin embargo, el discurso es un mensaje de esperanza, de libertad, a favor de la democracia y que condena los totalitarismos y las discriminaciones.

Fueron y siguen siendo evidentes las metáforas que identifican a Alemania, Austria, Hitler, Mussolini, Goebbles... incluso la doble cruz de Hynkel hace una referencia clara a la esvástica nazi. Es decir, Chaplin, mediante "El gran dictador" denunció utilizando la sátira los acontecimientos del panorama político europeo. Esto provocó una fuerte crítica en el momento de su estreno y una rígida censura en muchos países. Es verdad que Chaplin creó el film en Estados Unidos, en ese momento alejado del conflicto europeo, pero lo hizo a conciencia, siendo consciente de su alcance mundial, considerando su mensaje necesario y sabiendo que su difusión traería problemas.

En cuanto a su valor artístico, la película se ha criticado por la falta de recursos cinematográficos. Es cierto que, comparada con otras producciones, "El gran dictador" no se excede en el cuidado de la fotografía ni en la búsqueda de planos rompedores. Predominan los planos generales y de conjunto, o sea, los encuadres meramente narrativos. Tampoco la iluminación juega un papel importante que añada valor estético al largometraje. De la misma manera, el diálogo carece, salvo en momentos puntuales, de función poética; sin embargo, adquiere gran importancia en la sátira cuando en la película se "habla" un idioma similar al alemán, pero inidentificable. No pasa igual con la música, en concreto con las grandes piezas como la "Danza Húngara nº5", que parecen haber sido escogidas minuciosamente con la clara intención de embellecer y dotar de cierta teatralidad a las escenas que acompañan.

Para mí, esta película es un "sí" rotundo. Me parece que adquiere valor al intentar leerla en su contexto, entendiéndola como una reivindicación de Chaplin disfrazada con un poco de humor, marca de la casa. Comprendo la opinión de otros que consideran que el humor o el arte no son medios para tratar ciertos temas o pretender ciertos cambios sociales. Pero Chaplin era comediante, y de la misma manera que no se pretende que un arquitecto sea un excelente escultor, creo que, dentro de los marcos del humor y su característica artificiosidad, Chaplin supo llevar a cabo de manera excelente su demanda social.

“El gran dictador” se vuelve más significativa si, además, hacemos una lectura con los ojos de la actualidad: funciona bien como un retrato de lo que fue la guerra. Muestra las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, las personalidades de los líderes fascistas y cómo la población vivió oprimida.

Creo que hay algo distinto entre esta película y otras de la misma época. El tiempo no ha dejado a todas en el mismo lugar. Probablemente guarde relación con la trascendencia del propio Chaplin, que 60 años y miles de producciones cinematográficas después sigue siendo uno de los grandes en el mundo de la gran pantalla. Todavía queda algo de actualidad en el mensaje, puede ser porque todavía no se han cerrado viejas heridas de las Guerras Mundiales, porque el humor y la sátira sencillos nunca pasan de moda, o porque de alguna manera, todos tenemos algo que nos asemeja al barbero judío. También es posible que lo que mantiene vivo el mensaje de “El gran dictador” sean algunos discursos políticos actuales, que, aunque suene a desfase compararlos con los de Hitler, se prestan a ser similares a las ideas de Hynkel en la película. O no. Es evidente que mi edad, mi época, mi ideología y mi afán de leer cualquier manifestación cultural como un acto político condicionan mi opinión.

En respuesta a las críticas sobre la falta de recursos cinematográficos que restan valor artístico a la película, no creo que haya que recurrir únicamente a los aspectos técnicos para realizar ese juicio. No me siento capacitada para sentenciar si “El gran dictador” debe ser considerada arte o no, pero mi creencia en que la intención ha sido el motor y la condición intrínseca de toda obra de arte desde las vanguardias me invita a pensar que sí. ¿Cómo vamos a juzgar la obra de Chaplin por carecer de lenguaje cinematográfico si la mayoría de las piezas de arte contemporáneo tampoco explotan sus recursos formales? Chaplin quiso hacer humor, y lo hizo. Quiso condenar la intolerancia, y lo hizo mediante el humor. Y sin haber profundizado en el lenguaje cinematográfico, forma parte ya de la historia del arte.